

En política y economía, el individualismo que vemos de vez en cuando alzar cabeza se inició primero con Hobbes y Locke, y de la Gran Bretaña pasó a Francia donde, en Rousseau, halló su principal profeta. Para el individualista en este terreno, el Estado es cosa artificial, nacido de un pacto, que en su fase más excelente resulta un mal necesario. El Estado no es una necesidad moral.

Contra Rousseau, Hegel vuelve al ideal del Estado de los griegos y romanos. Para este alemán la sociedad, constituida en Estado, es el organismo del cual el individuo deriva todos sus derechos y toda su importancia.

Ahora juntemos puntos de vista. Hay un individualismo que llamamos de "laissez faire",—de dejar hacer. Y este individualismo deriva, en parte, de la filosofía política del siglo dieciocho que ya hemos mencionado, en parte de la doctrina kantiana de que al individuo debe dársele toda libertad compatible con la igual libertad de los demás, y, en parte, de las enseñanzas de la Escuela de Manchester cuyo más amplio representante fué el economista Adam Smith.

Este individualismo rechaza toda intervención del Estado no sólo en el manejo de empresas como ferrocarriles, telégrafos, tranvías y bancos de seguros, sino también toda medida restrictiva como la reglamentación por el Estado de las horas de trabajo en las fábricas y talleres, el trabajo de los menores, etcétera. También rechaza este individualismo toda asociación de capitalistas y de trabajadores.

En oposición a ese individualismo 'a outrance', el socialismo propone que el Estado se apropie de todos los medios de producción y los dirija.